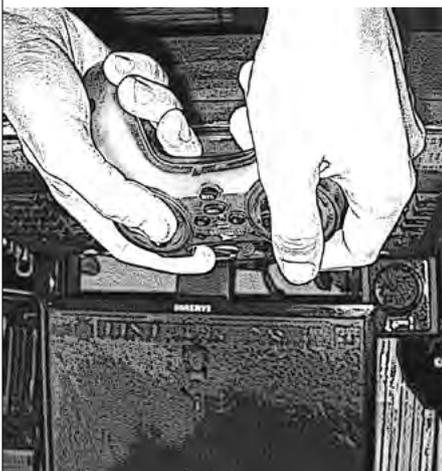


la economía y al de la vida cotidiana de los bogotanos. Mientras que a esta última se le dedican veintiocho páginas (págs. 41-68), a las variables económicas se les destinan más de cien páginas del libro (págs. 69-177). Esto indica las preocupaciones e intereses de la autora, que se centra más en el último aspecto que en el primero. Ahora bien, es discutible la forma como analiza la vida cotidiana, la cual se reduce a variables económicas (como cantidad de vivienda, vestido, alimentación y uso del tiempo libre). Cada uno de estos aspectos en lugar de ser examinados a través de la compleja trama social de la vida cotidiana —en la que emergen tradiciones, costumbres, ritos y celebraciones—, se convierten en variables estadísticas, que desde luego son importantes, pero no agotan la cotidianidad de la gente. Claro que es importante saber cuánto gastaba un trabajador o un empleado en su vestido, alimentación, alojamiento y en las diversiones mercantilizadas del tiempo libre, pero la vida cotidiana no tiene que ver únicamente con costos y gastos, sino que involucra factores culturales, políticos, religiosos, entre muchos, que en este libro son dejados a un lado.



Otro aspecto bastante flojo del libro estriba en su poca distancia crítica con respecto a las formulaciones racistas y deterministas de los intelectuales de la élite dominante, quienes veían en las costumbres y tradiciones de los sectores populares (como tomar chicha) un obstáculo al proceso de modernización capitalista. Estos intelectuales no decían en forma explícita que su objetivo era imponer otras pautas de consumo, sino que lo encubrían con

argumentos de tipo sanitario, higiénico o alimenticio, para demostrar la supuesta superioridad de las costumbres de las clases dominantes y de los países industrializados. La autora no es suficientemente crítica con relación a este tipo de concepciones, y tal vez por esa razón no tiene en cuenta los momentos de efervescencia social y política, en los que, en concordancia con la correlación de fuerzas entre las clases dominantes y las clases subalternas, se logran o no imponer las nuevas pautas de consumo, como aconteció en 1948. La autora cita, por ejemplo, con aprobación a Jorge Vejarano, un médico e higienista que durante varios decenios fue uno de los promotores de la mirada eugenésica sobre el atraso del pueblo colombiano, y uno de los personajes más radicales a la hora de condenar el consumo de chicha. Esto hubiera ameritado, por lo menos, alguna apreciación por parte de la autora, pero no se hace explícita en ninguna parte del libro. Lo que si se intenta explicar es la resistencia de los sectores populares a las nuevas lógicas de consumo, pero en lugar de verlas como producto de una defensa de las costumbres y tradiciones por parte de las clases subalternas, se le interpreta con un cariz economicista, al decir que esa resistencia se debió al estancamiento de los ingresos, lo que impedía acceder a los productos de la modernización capitalista (pág. 211).

Otro problema del libro es de tipo terminológico, porque la autora utiliza en forma indiscriminada y repetitiva apelativos muy variados, que indican una insuficiencia teórica. Entre esos términos pueden mencionarse los siguientes: “clases altas”, “clases de ingresos bajos”, “grupos sociales de ingresos bajos”, “clases con mayores recursos”, “hogares con bajos ingresos”, “grupos bajos”, “clases bajas” “clases pobres”, “clases de mayores ingresos” y tal vez las dos más desafortunadas, “clases inferiores” (pág. 49), “clases superiores” (pág. 51). Esta terminología es imprecisa e indica una perspectiva hasta cierto punto ecléctica sobre la división de la sociedad en clases, lo cual se confunde a menudo con la separación en estratos. En el mismo sentido, se utilizan términos inapropiados para el caso colombiano como el de “verano” en

tres oportunidades (págs. 30, 33 y 100), cuando no sobra recordar que en nuestro país no hay estaciones climáticas. De igual modo, se utiliza un término un poco desueto, como el de “explosión demográfica” (pág. 31), para referirse al crecimiento de la población desde la década de 1940.

Renán Vega Cantor

Profesor titular, Universidad
Pedagógica Nacional

Una masacre necesariamente recordada

Sangre y cemento. Huelga y masacre de trabajadores en Santa Bárbara (1963)

GERMÁN A. JÁUREGUI GONZÁLEZ
Y RENÁN VEGA CANTOR
Impresol Ediciones, Bogotá, 2013,
304 págs.

LA MEMORIA colectiva de los colombianos está influenciada por el manejo de los medios de comunicación, la historia oficial, etc. Cada año, los grandes periódicos llenan sus columnas con recordatorios “históricos”, el ejemplo más clásico es el de *El Tiempo*, que a diario publica una columna dividida en tres: “Hace 100 años”, “Hace 50 años” y “Hace 25 años”, en la que se recuerdan algunos hechos, elegidos arbitrariamente por el redactor, sin mucho criterio histórico, una gran cantidad de ellos demasiado superfluos, tendientes a consolidar una memoria, unos hechos y unos personajes. Es entonces una responsabilidad del historiador profesional rescatar del olvido otros hechos, personajes, y sucesos, no siempre reconocidos por la memoria oficial, que por acción del olvido, la mayoría de las veces impuesto por quienes detentan el poder, han dejado de ser interesantes para el común, pero que en su momento fueron importantes y han marcado la memoria y el interés de los sectores sociales que no detentan el poder.

Así, el libro *Sangre y cemento. Huelga y masacre de trabajadores en Santa Bárbara (1963)*, de Andrés

Jáuregui y Renán Vega, recupera, reconstruye, cuenta y analiza un hecho sucedido hace cincuenta años, en el que un puñado de trabajadores de Cementos El Cairo emprendieron una huelga, que comenzó en septiembre de 1962 con la discusión y aprobación de un pliego de peticiones por parte del sindicato, y el fracaso en su negociación, lucharon durante un mes, entre el 23 de enero y el 23 de febrero de 1963, contra la desigualdad y la injusticia, cuyo triste desenlace fue la lamentable masacre del 23 de febrero, perpetrada por el Estado colombiano, en la que resultaron muertos doce colombianos, treinta y dos heridos, y ochenta detenidos, la mayoría de ellos habitantes de Santa Bárbara (Antioquia). Pero, por la intervención directa de Eduardo Uribe Botero, entonces ministro de Gobierno y a la vez socio y miembro de la Junta Directiva de Cementos El Cairo, lo que fue un claro ejemplo de conflicto de intereses y de antiética, pues se prueba la forma como manipuló la delicada situación a favor de sus intereses personales; el gobernador de Antioquia, Fernando Gómez Martínez, dueño de *El Colombiano*, principal periódico antioqueño y accionista de Cementos Argos, empresa hoy dueña de toda la industria cementera antioqueña, quien defendió y protegió a la cementera, y ordenó el uso de las armas por parte del ejército; y Belisario Betancur Cuartas, entonces ministro de Trabajo y posteriormente presidente de Colombia, se logró minimizar el hecho, implantando al inicio la censura de prensa, tergiversando la versión oficial, pues se caracterizó a la huelga como subversiva y comunista; de manera cínica se afirmó que los obreros tenían armas de fuego y que hubo un cruce de disparos del que resultaron los muertos, lo que era una soberana mentira (las únicas armas que tuvieron los obreros fueron bombas molotov y piedras). Los directamente implicados y la cúpula del Ejército nunca fueron juzgados y castigados, se impidió cualquier tipo de debate político y se trató de ocultar y olvidar la masacre.

Desde todo punto de vista el libro es novedoso, podría decirse que pertenece a una modalidad histórica poco trabajada en nuestra historiografía: la microhistoria, con detalles minuciosos

como acercarse a la cotidianidad de los poco cualificados obreros de la cementera, tanto en la fábrica, como en su tiempo libre, trazando un perfil sociológico, aunque también es un estudio de historia regional y local, engarzado por la historia social y política; la temática de una huelga y una masacre, salvo los hechos de las bananeras en 1928, es también poco frecuente que se estudie; así mismo, el periodo presidencial de Guillermo León Valencia no ha sido suficientemente estudiado, en ese tiempo se experimentó el crecimiento del sindicalismo y de la protesta obrera, en contravía de la política oficialista, caracterizada por un ramplón anti-comunismo, con la que justificó la represión de cualquier tipo de protesta social, amparada en el Estado de Sitio, que se convirtió de excepcional en normal, y en una restrictiva legislación laboral.

Pero sobre todo, por “hacer escuchar a los silenciados de siempre”, toda vez que es una detallada reconstrucción “desde abajo”, en lo que fue fundamental que la masacre de Santa Bárbara permanece presente en la memoria colectiva de los trabajadores de Cementos El Cairo, la que se construyó mucho tiempo antes de 1963, simultáneamente con el crecimiento de la industria cementera en el país y sus escasas condiciones de seguridad en su explotación y producción, conformándose un sentimiento de identidad de grupo, estrechando lazos comunitarios y formas de solidaridad. Esa memoria es un elemento central de identificación, lo que se manifiesta en las conmemoraciones, un



monumento, las placas de duelo, las publicaciones escritas (chapolas, hojas sueltas y periódicos), las canciones, los poemas, los himnos, etc. Circunstancia que fue bien aprovechada por los autores, en especial por Germán Andrés Jáuregui, pues el grueso del libro corresponde a su tesis de maestría en Historia de la Universidad Nacional, que se dedicó a un juicioso trabajo de campo, en el que recuperó y sistematizó toda esa memoria construida por los habitantes de Santa Bárbara, mediante veinte entrevistas en profundidad con trabajadores y pobladores sobrevivientes.

Tanto para preparar las entrevistas, como para reconstruir la época del Frente Nacional, el sindicalismo antioqueño y el origen de Cementos El Cairo (capítulo 1); perfilar y caracterizar a los trabajadores de la cementera (capítulo 2); describir y analizar el desarrollo de la huelga (capítulo 3); reconstruir la masacre (capítulo 4); presentar a los responsables directos e indirectos, a los autores materiales e intelectuales (capítulo 5); presentar y analizar la memoria y herencia simbólica de la masacre (capítulo 6), se adelantó una juiciosa consulta de los archivos de los entonces ministerios de Gobierno, Guerra y Trabajo, la Presidencia de la República, la Gobernación de Antioquia, la Asamblea Departamental, el Parlamento colombiano y el del Sindicato Unitario de Trabajadores de la Industria de Materiales para la Construcción, como también de la prensa de la época, tanto nacional y regional, oficialista y alternativa; el libro tiene una excelente y acertada escogencia de la información, así como un juicioso análisis y crítica de la misma. Todo ello se completó con una cuidadosa recopilación fotográfica, buena parte de la cual ilustra en forma profusa y con acierto el texto.

Particularmente pensamos que es importante adelantar reconstrucciones históricas sobre movimientos sindicales, en la que sean los “de abajo”, es decir, los obreros, los protagonistas; pero para que estas sean mucho más representativas no sobra mostrar la contraparte, la de las empresas; los autores del magnífico libro que reseñamos no olvidaron ese factor, sin profundizar mucho en la



industria cementera, pero destacando el porqué de su crecimiento, se presentan algunas generalidades de la situación política y económica del país durante el Frente Nacional (crisis económica, depreciación del salario real, inflación, desempleo), y como telón de fondo el desarrollismo impulsado por la Alianza para el Progreso, lo que permite aproximarse con propiedad al problema de fondo: la huelga y masacre de 1963.

José Eduardo Rueda Enciso

Profesor titular, Escuela Superior
de Administración Pública

Fragmentos de pensamiento político en tiempos bicentenarios

Antonio Nariño. Precursor y revolucionario

Fundación para la Investigación y la Cultura (comp.), colección Biblioteca Bicentenarios de América Latina, Bogotá, 2011, 219 págs.

LA FUNDACIÓN para la Investigación y la Cultura (FICA)¹, bajo la dirección de Gerardo Rivas Moreno, ha creado una colección denominada Bicentenarios de América Latina.

1. Los libros de esta fundación se encuentran descargables en http://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=7380_7067_1_1_7380

Con mucho esmero, se ha consagrado a divulgar obras y autores en la conmemoración de los 200 años de la Independencia de las antiguas colonias de la Corona española en América. La publicación reúne algunos documentos escritos por Antonio Nariño y reproduce el prólogo que escribiera Guillermo Hernández de Alba, el juicioso compilador del archivo Nariño publicado íntegramente hacia 1990. El libro parece rendir un doble homenaje, al criollo ilustrado y a su compilador cuyo prólogo pertenece a la órbita apologetica que caracterizó a una importante generación de miembros de la Academia Colombiana de Historia. Eso le ha dado forma a este libro que deja la apariencia de una didáctica selección de textos de uno de los políticos e intelectuales criollos más destacados que intervinieron en el proceso de independencia de lo que había sido el Nuevo Reino de Granada.

El conjunto de textos es muy desigual y no podemos considerarlo del todo representativo de lo que fue la producción escrita de Antonio Nariño. Al lado de la defensa por la publicación de los Derechos del hombre, texto que data de 1795, y de su defensa ante el Senado, de 1821, hay un agregado algo anodino de cartas que nos trasladan a una órbita casi privada mezcladas con algunos artículos periodísticos que pertenecen a debates políticos muy puntuales y próximos al final de su existencia. Mientras tanto, se vuelve evidente una ausencia flagrante de textos que corresponden con su presencia política en la *Primera república* y, más exactamente, los rastros de su memorable escritura en *La Bagatela*. La omisión, sin explicación, de ese momento de escritura es llamativa. Tampoco deberían olvidarse algunos de sus discursos de 1811 publicados en la *Gaceta ministerial de Cundinamarca*, como aquel que pronunció en la instalación del Colegio Electoral. Eran tiempos cruciales de puesta en marcha de procedimientos inéditos que le daban forma a la república que estos individuos alcanzaron a imaginar. Es cierto que toda selección de textos es arbitraria, y precisamente por eso se acostumbra que haya una presentación preliminar de los criterios de selección de los textos. Esa

explicación preliminar es otra gran ausencia en este libro.

Estos esfuerzos conmemorativos se han caracterizado por aislados y parciales, son iniciativas de particulares muy bien intencionados que intentan llenar la carencia de entusiasmo y de perspectiva de las instituciones oficiales que deberían tener algún tipo de interés bien definido por la afirmación de una memoria histórica. Los resultados de estos esfuerzos son muy loables y merecen ser divulgados, pero también terminan por ser testimonio de una situación intelectual muy propia. Esta breve compilación de textos de Antonio Nariño da pie para exponer lo siguiente: muchas cosas nos faltan por hacer bien en términos de investigación y de política editorial en Colombia acerca de los estudios de la vida y la obra de autores o pensadores fundamentales de nuestra historia política. Estas ediciones conmemorativas del bicentenario de las independencias en Hispanoamérica revelan ciertas carencias acumuladas. Revelan, primero, que nos ha hecho mucha falta un previo y sistemático trabajo de investigación o, mejor, un proyecto colectivo de elaboración de colecciones de obras completas de quienes pudieran considerarse los pensadores de lo político en Colombia. En segundo lugar, revela la ausencia de una disposición editorial ambiciosa y generosa que se encargue de publicar los resultados de esas investigaciones. En tercer lugar, demuestra que la tarea de estudiar, compilar y publicar obras completas de esos autores fundamentales ha estado relegada y que ha sido ejercida marginalmente por especímenes liminares que no pertenecen de manera estricta a la rígida y a veces empobrecida vida universitaria. Es más, en el ámbito de las ciencias humanas y sociales de nuestro país se le concede nula importancia intelectual a las investigaciones que conducen a reunir, examinar, definir e interpretar la producción escrita de tal o cual pensador de cualquier aspecto de la realidad de la sociedad colombiana.

Hay, sin embargo, buenos ejemplos de esos esfuerzos. Las compilaciones organizadas del Instituto Caro y Cuervo, muchas de ellas muy juiciosas, han sido una premisa invaluable en el conocimiento de la historia intelectual